



Melinda Taub

LA MALA ESTRELLA

Traducción del inglés

Marta Torres Llopis

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Still Star-Crossed*

© de la obra: Copyright © 2013 by Melinda Taub

© de la traducción: Marta Torres Llopis, 2019

© de las guardas: benntennsann, voitka volha (Shutterstock)

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: junio de 2019

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-94-1

Depósito Legal: M-10063-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para mis hermanas, Amanda y Hannah,
que me llevaron a la línea de meta.*

DRAMATIS PERSONAE



Los Montesco y sus parientes

SEÑOR DE MONTESCO, *patriarca de una de las dos casas antes enfrentadas, ahora en tregua.*

SEÑORA DE MONTESCO, *esposa de Montesco.*

BENVOLIO, *sobrino de los Montesco y amigo de Romeo.*

ORLINO, TRUCHIO y MARIO, *jóvenes Montesco.*

Los Capuleto y sus parientes

SEÑOR DE CAPULETO, *patriarca de una de las dos casas antes enfrentadas, ahora en tregua.*

SEÑORA DE CAPULETO, *esposa de Capuleto.*

ROSALINA, *sobrina de Capuleto, antes amada por Romeo.*

LIVIA, *sobrina de Capuleto, hermana de Rosalina.*

DUQUESA DE VITRUBIO, *madre de la señora Capuleto, pariente del señor Capuleto, custodia de Rosalina y Livia.*

GRAMIO, VALENTINO y LUCIO, *jóvenes Capuleto.*

La familia real de Verona

ESCALO, *príncipe de Verona.*

ISABELA, *princesa de Aragón, hermana de Escalo.*

DON PEDRO, *príncipe de Aragón.*

Los recién fallecidos

JULIETA, *una Capuleto, enamorada de Romeo.*

ROMEO, *un Montesco, enamorado de Julieta.*

PARIS, *joven conde, pariente del príncipe.*

TEOBALDO, *primo de Julieta.*

MERCUCIO, *amigo de Romeo y de Benvolio, pariente del príncipe.*

Otros

FRAY LORENZO, *monje franciscano.*

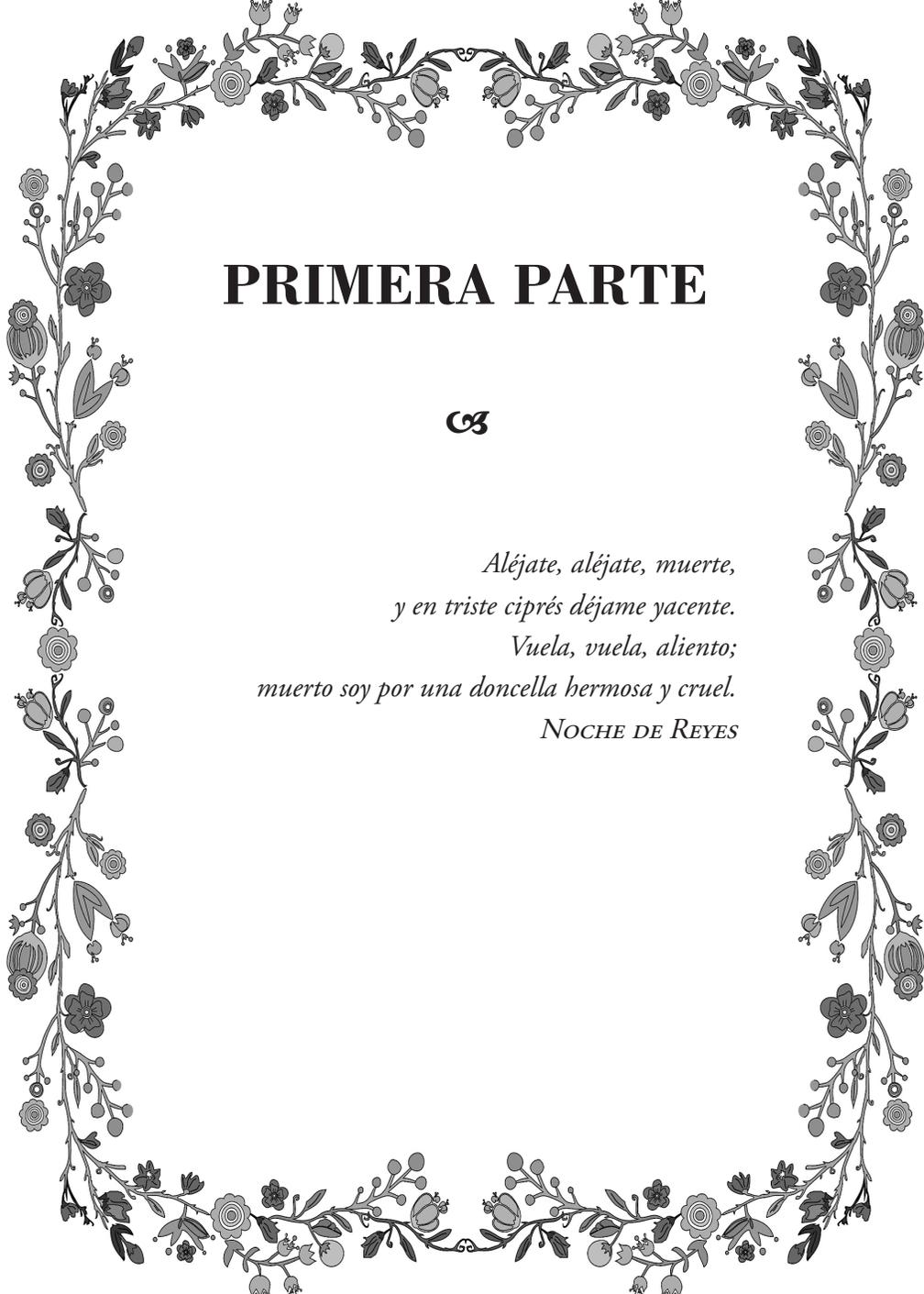
LÚCULO, *mayordomo de la duquesa de Vitrubio.*

PENLET, *chanciller del príncipe.*

TUFT, *caballerizo.*

UN ENTERRADOR.

*Ciudadanos de Verona, caballeros y damas de ambas casas,
enmascarados, portaestandartes, pajes, guardias, vigías,
sirvientes y asistentes.*



PRIMERA PARTE



*Aléjate, aléjate, muerte,
y en triste ciprés déjame yacente.*

*Vuela, vuela, aliento;
muerto soy por una doncella hermosa y cruel.*

NOCHE DE REYES

En las hermosas calles de Verona, el sol era abrasador.

El final del verano se cernía sobre la ciudad y el sol, oh, batía con fuerza. Reverberaba en el adoquinado provocando que los mendigos gimieran y se quemaran sus sucios pies descalzos. Caía sobre los mercaderes en el día de mercado y hacía que el sudor les corriese por el cuello. Y las grandes familias..., bueno, se guarecían en sus frías casas de piedra, cuevas lo bastante profundas para mantener su interior un poco fresco; pero, cuando salían tras la puesta de sol, el aire todavía era caliente y sofocante.

Sí, el calor caía a plomo sobre Verona. ¿Era esto lo que hacía inclinar la cabeza a sus ciudadanos? ¿Lo que silenciaba la habitualmente bulliciosa ciudad y hacía que susurrasen en corrillos de dos o tres antes de desaparecer por los umbríos portales?

¿O era la muerte?

Había sido un verano sangriento. Noche tras noche, las calles resonaban con el eco de pisadas, el roce del acero. Los nombres de los muertos pasaban de gargantas roncadas a oídos incrédulos. Mercucio. Teobaldo. Paris. Romeo. Julieta.

Habían transcurrido dos semanas y varios días desde que la flor y nata de la juventud de la ciudad hubo terminado de matarse unos a otros. Conmocionadas por la pérdida de tantos de los suyos, las

grandes casas de los Montesco y los Capuleto habían jurado poner fin al derramamiento de sangre. El noble Montesco, para demostrar su oferta de paz, había desvelado apenas tres días antes el obsequio que iba a hacerle a su antiguo enemigo.

La estatua representaba a una bella joven que acababa de dejar atrás la infancia. Fundida en oro puro, se alzaba sobre la tumba de una dama con la que Montesco no había cruzado una sola palabra en vida. Su mayor enemiga era sólo una niña. La esposa de su hijo durante cinco días. Julieta de Capuleto.

Era una obra hermosa, tributo de Montesco a su nuera muerta. Esa mañana veronesa, el amanecer brillaba en su rostro dorado. El cementerio estaba desierto, pero, de haber habido algún visitante en ese momento, habría observado su expresión de tristeza hábilmente labrada contemplando la estatua de su amado Romeo al otro lado de la verja. Habría reparado en el bello poema de la base, que lloraba su muerte prematura.

Y cuando los primeros rayos de sol besaron la figura inmóvil de la hermosa Julieta, habría visto la palabra «ramera» garabateada en su cara con pintura negra.



—Ponte el vestido, te lo ruego, Livia.

Doña Rosalina se apartó un oscuro rizo de la cara. Zarandéó el vestido negro en dirección a su hermana pequeña por lo que parecía la centésima vez.

Livia arrugó la nariz con desagrado y brincó fuera del alcance de Rosalina.

—¿De verdad tenemos que vestir de luto, Rosalina? Seguro que a la prima Julieta no le gustaría.

Rosalina abandonó sus intentos de atrapar a Livia y se dejó caer sobre la cama de su hermana.

—¿Te ha dicho ella eso? ¿Te lo ha susurrado su espectro desde la cripta?

Livia rio y agarró el vestido negro. Luego lo arrojó al suelo y se puso a bailar encima: nunca caminaba cuando en su lugar podía practicar la última pirueta o reverencia de la corte.

—Sí. He pasado por el mausoleo de los Capuleto y su espíritu me ha susurrado: «Prima, no te vistas de horrible luto negro por mí; preferiría ser recordada con alegría antes que con un luto espantoso que, con el calor del verano, dejará empapados en sudor a cada hombre y cada mujer Capuleto. Además, deseo que te pongas mi pulsera de coral».

—Un espíritu parlanchín, nuestra prima. —Rosalina recogió el vestido y alisó las arrugas—. Desde luego, así era ella en vida.

Los ojos de las hermanas se encontraron en el espejo. Livia, sorprendida en mitad de un giro, se detuvo. Su alegría vaciló un instante y se retiró, como un velo impelido por el viento.

Las hijas huérfanas de Niccolo Tirimo no lloraron mucho. Ese era uno de los escasos rasgos que compartían. Livia, de quince años, se había reído muchísimo esas últimas semanas. Un extraño habría podido considerarla desapegada, pero su hermana la conocía; cuanto más asustada estaba Livia, más reía.

En cuanto a Rosalina, la mayor, de diecisiete años, no había dejado de dolerle la cabeza desde que empezó el baño de sangre. Las sienes le latieron de nuevo cuando vio en el espejo los grandes ojos

de Livia anegados en lágrimas no derramadas, y los nombres de los muertos empezaron a desfilar por su cabeza: el alegre Mercucio, por quien suspiraban la mitad de las damas de Verona, caído por la espada de Teobaldo. El mismo primo Teobaldo, tan protector de las mujeres Capuleto, víctima del acero de Romeo. El conde Paris, pariente del príncipe, que derramó su sangre junto a la puerta del mausoleo de su amada. Romeo, joven señor de los Montesco. Y Julieta, la flor de los Capuleto.

La Julieta por quien lloraba Rosalina no era la doncella adorable por la que se condolía Verona. La ciudad lloraba la pérdida de la joven, bella y rica heredera; sin embargo, Rosalina se acordaba de una mano pegajosa aferrada a la suya, de una voz aflautada que le ordenaba esperar para que las cortas piernas de Julieta pudieran alcanzarla, del júbilo sorprendido en los ojos de Julieta cuando perpetraban alguna travesura particularmente endiablada. De pequeña, Rosalina había pasado mucho tiempo en compañía de la única hija de su tío Capuleto. A pesar de que Julieta había sido varios años más joven que Rosalina, la autoritaria heredera había preferido la compañía de las muchachas mayores, sin que Rosalina pudiese decirle que no. Afortunadamente, Julieta resultó ser una niña avispada y de buen corazón, de manera que su asistencia no fue una carga. La madre de Rosalina, doña Catalina, había servido a la princesa María de Verona como dama de compañía, y a menudo llevaba consigo a sus hijas y a sus sobrinas al palacio, donde pasaba los días. Julieta, Livia, Rosalina y la hija de la princesa, Isabela, habían hecho del palacio su patio de juegos.

Aquellos días de alegres correteos de punta a cabo del palacio y de la casa de Capuleto, de coquetear con el hermano mayor de Isa-

bela, Escalo, y de sacar de quicio a la nodriza de Julieta, habían sido los más felices de su vida. Entonces aún vivían sus padres. Su madre era la hermana del señor Capuleto y su padre, un noble de la costa occidental; aunque Livia y ella no eran de tan alta alcurnia como su primita Julieta, estaban seguras de su posición en Verona.

Pero cuando Rosalina tenía once años, murió su padre y las cosas empezaron a cambiar. Todos los infortunios que se había ahorrado durante su infancia feliz parecieron llegar en el plazo de los pocos años siguientes. Como su padre no había dejado ningún hijo varón, la mayor parte de sus tierras y de su fortuna fue a parar a manos de un pariente lejano, dejando a sus hijas y a su esposa en situación hartamente menesterosa. No mucho después murió la princesa María al alumbrar un bebé que nació muerto y enviaron a Isabela a vivir bajo la tutela de la familia real de Sicilia, lo que puso fin a la estrecha relación entre la familia y el palacio. La madre de Rosalina nunca se recuperó del golpe de la pérdida de su esposo y lo siguió a la tumba antes de que transcurriesen dos años. Atrás quedaron los días en que Rosalina y su familia vivían en una noble casa en el centro de Verona, cuando las jóvenes más acaudaladas y de más elevado linaje de la ciudad se contaban entre sus más queridas compañeras. Lejos de eso, Rosalina y Livia habían ido a vivir con la madre de la señora Capuleto, tía abuela suya por afinidad. La propiedad de la duquesa de Vitrubio estaba en las afueras de la población, pero a veces daba la impresión de que se hubieran mudado a otro continente. Los ambiciosos señores de Capuleto dejaron de considerarlas apropiadas para sus hijas como compañeras de juegos, y prácticamente expulsaron a sus sobrinas de su casa. A partir de entonces, sólo habían visto a Julieta en las celebraciones unas pocas veces al año, y en estas, por lo general, de lejos.

Fue durante aquellos años terribles cuando había deplorado la pérdida de Julieta. Una vez superadas la indignación y la soledad, había aprendido a consolar el llanto de Livia, demasiado pequeña para comprender por qué su amiga ya no las invitaba a que la visitaran. En consecuencia, lo que le rompía ahora el corazón era que ya no conocía a la joven dama que se había quitado la vida en el panteón de los Capuleto.

Rosalina suspiró mientras recorría el alféizar de la ventana con los dedos, dejando que se desvaneciese de su mente la imagen de la niña dulce y consentida que había sido Julieta. No obstante, pese a todos los infortunios que habían sufrido tanto Livia como ella, su situación actual era bastante buena. Compartían una casita de campo modesta en la parte de atrás de la propiedad de su tía abuela, y la duquesa, a quien apenas le interesaban las andanzas de sus humildes pupilas, dejó que se las arreglaran prácticamente solas. No lamentaba que sus parientes Capuleto las ignorasen: los sucesos estivales sin duda habían demostrado que ser miembro del círculo de los Capuleto era tanto una desgracia como una bendición. Y después de la muerte de su madre, un rico mercader de Mesina les había arrendado la casa por una cantidad sorprendentemente generosa, que les proporcionaba a Livia y a Rosalina lo suficiente para vivir y para casarse cuando llegase el momento. Bueno, al menos para que se casara Livia. Sus planes eran algo diferentes.

Ella jamás confiaría una palabra al respecto a su familia, aunque su dolor por su prima no era mayor que el que sentía por el amante Montesco de Julieta. Cada vez que pensaba en Romeo, le engullía una ola de culpabilidad tan grande que casi deseaba que se la llevase.

«Basta ya —se dijo, enfadada—. Sabes que no podías haberlo salvado. No podías haber salvado a ninguno de ellos».

Pero no era verdad. Toda Verona sabía que al menos habría podido salvar a uno. Porque antes de que se enamorara de Julieta, Romeo la había amado a ella. Y ahora el dulce doncel enfermo de amor estaba muerto.



El príncipe Escalo salió de la ciudad a galope tendido.

El sudor hacía que el jubón se le pegara a la espalda y podía sentir el agotamiento de su garañón, *Vinicio*, debajo de él, pero ni se detuvo ni redujo la marcha hasta que dejó atrás las murallas de Verona. En esos tiempos revueltos, su paseo a caballo diario fuera de la población era el único placer que se permitía, y últimamente parecía tener que hacerlo cada vez más lejos para huir de la sensación de que la ciudad le asfixiaba.

Aquella mañana se había despertado agitado por una pesadilla en la que los primeros monarcas de la ciudad se congregaban junto a su cama para reprocharle no haber impedido la matanza de la juventud de Verona. Había permanecido todo el día con él, mientras articulaba reflexivamente en su cabeza alegatos para sus antepasados acusadores. «Intenté detenerlos. Su animosidad estaba demasiado arraigada. Al final le puse término». Trató de concentrar sus pensamientos en eso: cómo había inducido a las casas de Montesco y de Capuleto a erigir estatuas en memoria del hijo de la otra. Había estado allí tres días antes, cuando ambos señores las habían inaugurado, en una incómoda aunque decidida exhibición de unidad pública: Romeo y Julieta, áureos y hermosos y juntos para siempre. Fue el día de Lammás, el primero de agosto, y al padre de Julieta se

le seguía quebrando la voz conforme contemplaba la efigie con su hija; habría sido su décimo cuarto cumpleaños, de estar viva. Pero había prometido paz tan alto como pudo, igual que el viejo Montesco. No hubo forma de evitar que Escalo imaginase el gesto defraudado de su padre.

Bueno, no había tiempo para lamentaciones. Ambas familias habían dado su palabra de acabar con la violencia; él haría lo que fuera necesario para obligarles a cumplir su promesa solemne, sobre todo desde que algún depravado había pintarrajeado el monumento a Julieta. Tenía una obligación para con su ciudad.

Por mucho que anhelara seguir galopando y galopando y dejarla atrás para siempre en esos momentos.

Con un suspiro, refrenó por fin a *Vinicio*, que avanzó al paso. El caballo protestó con un relincho de disgusto —su ansia de velocidad superaba la del propio Escalo—. Los árboles arrojaban largas sombras sobre el camino, cuyo polvo anaranjado se oscurecía hasta un rojo sangre a causa del sol de media tarde. Estaba a punto de anochecer; hora de volver a la ciudad. Pero justo cuando iba a dar media vuelta divisó una nube de polvo que venía rápidamente por la calzada. ¡Qué demonios...!

¡Oh!

Escalo espoleó a un predispuesto *Vinicio* de nuevo al galope. A medida que se acercaban a la nube de polvo, esta se resolvió en una carroza escoltada por media docena de jinetes armados hasta los dientes. El cochero dio la voz de alto al verle llegar.

—¡Deteneos! —le ordenó el capitán de los caballeros—. ¿Sois amigo o enemigo?

El hombre debía de ser forastero. Aunque Escalo se vestía con sencillez para sus paseos diarios a caballo, sus súbditos dentro y al-

rededor de la ciudad conocían su rostro. Se disponía a decirle quién era cuando se abrió la puerta del carruaje y surgió una dama alta y delgada. Iba ricamente vestida y llevaba su dorado cabello enrollado en trenzas alrededor de la cabeza con un estilo desconocido en Verona, pero la sonrisa le era tan familiar como la suya propia en el espejo.

—Calma, buen capitán —dijo—. No es más que mi hermano. Bien hallado, Escalo.

—Bienvenida, Isabela. —Avanzó para ayudarla a bajar de la carroza y abrazarla, notando una amplia sonrisa que se desplegaba en su cara, una sensación poco frecuente en los últimos tiempos—. No esperaba que tu comitiva llegase hasta dentro de unos días.

—Hemos ganado tiempo desde Messina, una vez que pudimos persuadir a los amigos de mi esposo de que me dejaran partir. Pero ya no podía esperar más para venir a casa. —Rio con regocijo—. ¡Verona! Cuánto la he añorado durante estos años desde mi marcha. Debes celebrar una fiesta en mi honor, Escalo, para que pueda reencontrarme con todos nuestros viejos amigos. —Escalo sonrió, pero no dijo nada e Isabela lo miró con socarronería—. Espero no haberme anticipado a mi recibimiento.

Escalo negó con la cabeza.

—De ningún modo. Tu visita es la única buena noticia que he tenido en estas dos semanas.

Isabela frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido en nuestra hermosa ciudad?

Escalo desvió la mirada.

—Es una historia demasiado ardua para alguien cansado de un viaje. ¿Cómo se porta su alteza, tu esposo?

—Don Pedro es en todos los aspectos tranquilo, amable y virtuoso. Se ha quedado en Mesina para visitar a unos amigos. Te ruego que no trates de cambiar de tema. ¿De qué se trata, Escalo?

El príncipe hizo una mueca. Por más que su hermana fuera una mujer madura y princesa por derecho propio, todavía tenía una habilidad asombrosa para conminarle a hablar de los asuntos que más deseaba evitar él.

—Es algo tocante a los Montesco y los Capuleto.

Isabela alzó los ojos al cielo.

—¿Otra reyerta callejera?

Escalo ahogó una lúgubre carcajada ante aquella descripción del número de muertes.

—Entre otras cosas. Vamos, cabalga conmigo y te lo contaré.

Sus hombres le trajeron una montura. El príncipe la ayudó a montar y se dirigieron hacia la ciudad a paso lento, con su escolta y su carroza a la zaga.

—Hermana, ¿te acuerdas de la joven Julieta? —le preguntó.

Isabela asintió con la cabeza.

—¿Te refieres a la primita de Rosalina, la hija del viejo Capuleto?

Pocas personas describirían a la flor de los Capuleto como «prima de Rosalina», claro que Rosalina había sido la amiga especial de Isabela cuando eran niñas, y además la madre de Rosalina de Tirimo era dama de honor en el palacio. El mismo Escalo había pasado la mayor parte de los días en compañía de Rosalina, antes de que lo enviaran lejos a educarse —su padre había juzgado más conveniente que sus dos hijos vivieran y estudiaran en otras cortes, para que se familiarizaran más con el mundo fuera de Verona—. Salvo una o dos breves visitas, Isabela había estado ausente de Verona durante los últimos seis años, y así se

había ahorrado lo peor de la contienda. Ahora él apenas veía a Rosalina; cuatro años atrás, cuando murió su padre y él regresó a casa para ser coronado, la niña alegre y avispada se había convertido en una seria doncella huérfana, y él se había sumergido demasiado en las obligaciones de la corona para pasar el rato con sus compañeros de juegos de la infancia.

—Sí, a ella. Julieta ha muerto.

—¿Ha muerto?

—Sí. Hace tres semanas, en pleno mes de julio, se unió a Romeo, el hijo y heredero del viejo Montesco. Al parecer, se desposaron en secreto.

Isabela abrió mucho los ojos.

—¿Un hijo de Montesco casado con una dama Capuleto? Estuvieron acertados en no decir nada.

—Sí. —Escalo apretó la mandíbula—. Aunque temerarios e imprudentes en todo lo demás. Locos impetuosos. En cualquier caso, Teobaldo, el primo de Julieta, cogió rencor a Romeo y los suyos, y le retó a un duelo en la calle. El amigo de Romeo aceptó el desafío y pereció a manos de Teobaldo.

—¿Amigo de Romeo? Otro Capuleto, supongo.

—No, hermana. —Se acercó para posar una mano sobre la de Isabela—. Fue Mercucio.

Isabela tiró con brusquedad de las riendas.

—¡Ay de mí! ¿Mercucio? ¿Nuestro pariente?

—El mismo.

—Dime que no dejaste sin castigo a su asesino, hermano.

—Ojalá hubiera tenido ocasión de ser yo quien decidiese su castigo. Tras matar a Mercucio, el propio Teobaldo cayó allí mismo abatido por Romeo.

Las manos de Isabela agarraron con fuerza las riendas. Su alegre sonrisa se había transformado en una expresión severa. Cuán duramente las desgracias de Verona alcanzaban a quienes las eludían.

—Bien hecho.

—¡Isabela! Te prohíbo hablar de ese modo. Verona debe entender que la justicia de la Corona...

—Al diablo la justicia de la Corona —espetó Isabela—. Y ahora soy princesa, Escalo; no puedes prohibirme nada. Si el joven Romeo vengó la muerte de Mercucio, yo le daré las gracias.

—No, no lo harás en este mundo. Condené a Romeo al exilio por su participación en este derramamiento de sangre y huyó de Verona, dejando a su joven esposa Capuleto en casa de sus padres. Ellos, ignorantes, habían concertado para ella una boda con el conde Paris. —Isabela se estremeció; el conde Paris era otro de sus parientes—. Sí, en esta triste historia están implicadas muchas almas nobles. A fin de evitar esta unión adúltera, Julieta obtuvo la ayuda de un fraile para simular su muerte y así poder escapar y reunirse con su amado.

—¿Simular la muerte?

—Sí. El fraile le dio un bebedizo que le indujo un sueño tan profundo que la vida parecía haberla abandonado. La sepultamos con harto dolor en el mausoleo familiar, donde debía buscarla su amado, pero él no llegó a recibir el mensaje que le fue enviado y sólo se enteró de que había muerto. Romeo, a su regreso, encontró lo que creía que era su cadáver y se quitó la vida. Julieta despertó, lo halló muerto y al instante le siguió.

Isabela se recostó en la silla, con los ojos como platos clavados en las murallas de la ciudad que se alzaban ante ellos. Sus manos tiraban

de las riendas como si estuviera reconsiderando su propósito de visitar su ciudad natal.

—En nombre de Dios, qué terrible episodio. Aciago momento he escogido para volver al hogar. Todas esas jóvenes vidas... Dime que el primo Paris al menos ha permanecido al margen de todo esto.

Escalo negó con la cabeza.

—Romeo lo abatió frente a la verja del sepulcro de Julieta.

—¿Y dices que todo esto comenzó hace tres semanas?

—Aproximadamente. Hasta donde sabemos, Romeo y Julieta se conocieron en una fiesta del padre de ella el décimo cuarto día de julio, y se casaron y murieron antes del transcurso de una semana.

—¿Y ahora? ¿Están las casas en paz?

Escalo se encogió de hombros con tristeza.

—Así lo afirman. Los afligidos padres han jurado que las muertes de sus hijos han puesto fin a su enemistad. Incluso han erigido las efigies de los amantes en su tumba.

Isabela le lanzó una mirada perspicaz.

—Pero tú tienes poca fe en su palabra.

—Si durante generaciones no han podido superar su ira, ¿de verdad lo harán con un verano de crímenes? Los patriarcas Montesco y Capuleto tienen buena intención, aunque poca autoridad sobre los jóvenes de sus casas, que andan día y noche por la calle con la mano puesta en la espada. Es sólo cuestión de tiempo.

—Sabes que no es así. ¿No les dejarás probar su penitencia?

—Más bien la desmentirán con cadáveres de más súbditos míos.

—Escalo meneó la cabeza—. No, hará falta algo más que bonitas estatuas para traer la paz a mi ciudad.

—Tu ciudad. Me recuerdas a nuestro padre.

—Él mantuvo la paz hasta el día de su muerte.

—Más o menos. Los Montesco y los Capuleto se despacharon a placer unos a otros durante su reinado. ¿Qué te propones hacer?

Escalo suspiró mientras se pasaba una mano por la frente sudorosa.

—A fe mía que no lo sé.

—Es insólito que la pequeña Julieta haya podido ser tan insensata —dijo Isabela—. Rosalina nunca habría hecho nada semejante, era la más inteligente de mis amigas. Si Rosalina hubiese sido la amada de Romeo, nada de esto habría ocurrido.

—Lo cierto es que él... —Escalo se calló de golpe—. ¡Ah! Por supuesto.

Isabela parpadeó.

—Por supuesto ¿qué?

—Luego te lo aclararé. Isabela, has caído del cielo. —Apretó fugazmente la mano de su hermana—. Debo apresurarme en regresar a la ciudad. —Con un rápido golpe de las riendas, impulsó a *Vinicio* adelante, hacia las murallas de Verona.

—¿Adónde vas? —gritó Isabela detrás de él.

—A casa de los Capuleto —respondió él por encima de su hombro.



—Oh, pásamelo. Me pondré esa dichosa prenda.

Livia le arrancó de las manos el odioso vestido negro. Rosalina la miró con escepticismo.

—¿Te lo vas a poner?

—Y así tú dejarás de poner cara de estar oliendo algo fétido, sí.
—Livia se alzó sobre las puntillas para estamparle un beso de niña pequeña a Rosalina en la mejilla.

Rosalina aceptó y luego correspondió al afecto de su hermana con un abrazo, lo que provocó un gritito de sorpresa de Livia. Aunque estaba apenada por la muerte de Romeo, también se sentía aliviada de que ella y su hermana hubieran escapado indemnes a los acontecimientos de ese verano. Todo podía haber sido muy distinto si hubiese alentado el afecto de Romeo. Precisamente esta suerte de catástrofe era lo que se había temido cuando rechazó el amor de Romeo; al parecer, la prima Julieta no había tenido en absoluto su cautela.

—¡Ay! Déjalo, Rosalina, me vas a partir en dos.

Rosalina frunció el ceño; el esfuerzo de contener las lágrimas le acentuaba el dolor de cabeza. ¿Cómo sería amar a alguien con tanta desesperación que no importase lo que tu propia muerte pudiera causar a tu familia? Por mucho que lo ensalzasen los poetas, un amor así era algo que ella no concebía.

¿Y si hubiese aceptado al joven Montesco de ojos soñadores que había empezado a seguirla a todas partes al principio de la primavera? ¿Y si en lugar de cerrar las puertas a sus visitas, de negarse a escuchar sus bellos y fervorosos sonetos y de devolverle sus presentes le hubiese permitido cortejarla?

Rosalina no había amado a Romeo, pero era imposible que no le gustase. De sonrisa pronta, sin imponer nunca sus privilegios sociales, él y sus dos amigos eran una estampa habitual en la ciudad, e incluso los enemigos de su familia habían reconocido a regañadientes que él era el mejor de los jóvenes. Pocas doncellas de Verona habrían

rechazado la oportunidad ante semejante marido. Pero Rosalina no quería ningún marido, así que le había sido muy fácil endurecer el corazón frente a sus súplicas.

Si no lo hubiese rechazado, si hubiera aceptado su amor y correspondido con el suyo, ¿habría podido casarse pacíficamente? Ella no era la única hija del señor Capuleto, como la pobre Julieta. Rosalina y Livia eran meras sobrinas, y ni siquiera se llamaban Capuleto, sino Tirimo. Tal vez los que habían muerto aún seguirían vivos.

Pero ni siquiera la culpa podía persuadirla de esa lógica: a los ojos de Verona, ella seguía siendo una Capuleto. Lo más probable es que aun así estuvieran muertos y ella hubiese yacido en el mausoleo familiar.

Rosalina sonrió y soltó a Livia, la cual cogió el traje negro y lo sostuvo delante de sí, arrugando la nariz con desagrado antes de dejar escapar un sufrido suspiro. Rosalina elevó los ojos al cielo.

—Sólo serán unas semanas más.

—Para entonces seré vieja. —Livia se quitó la ropa interior de lino blanco y la dejó revuelta en el suelo—. Está muy bien para ti. El negro te sienta tan bien que todo lo que hará es atraer aún más a tu enjambre de pretendientes.

Rosalina negó con la cabeza ante el parloteo de Livia. Sin embargo, había una pizca de indiscutible verdad en eso. Aunque las dos se contaban entre las bellezas de Verona, no podían parecerse menos. Livia había salido a su padre, con el cabello fino y rubio melado, ojos grandes y azules, y tez clara. La clase de cara sobre la que se escriben sonetos, pensó Rosalina, pero era innegable que no le favorecía la ropa negra. Mientras sostenía el vestido sobre sí ante el espejo, Livia ya se veía pálida y apagada, como si fuera a desvanecerse por completo.

Rosalina era otra historia. Parecía una Capuleto de pies a cabeza, igual que su madre. Alta y zanquilarga, además de poseedora de los colores de los Capuleto: ojos verdes, piel aceitunada, una boca sonrosada propensa a amohinarse. Llevaba la maraña de sus más que abundantes rizos recogida detrás en un moño, pero como de costumbre unos cuantos mechones rebeldes se habían soltado y le colgaban alrededor de la cara. Su propio vestido negro, advirtió imparcial, acentuaba aún más su belleza.

Era hermosa. No tenía sentido ser modesta al respecto, y así se lo habían dicho todos los que la habían visto desde que dejó la cuna. Pero ¿y qué? Ella se habría cambiado con la joven más fea de Verona si hubiese podido. También Julieta había sido hermosa.

Rosalina se inclinó para recoger la lencería blanca que Livia había dejado tirada.

—Supongo que tienes razón. Sin duda debería pasearme por el cementerio todos los días vestida de luto. Tendría una docena de proposiciones antes de salir por la verja.

Livia resopló e intentó agarrar el vestido, pero Rosalina se lo apartó al vuelo, sosteniéndolo ante sí y haciéndole reverencias como si se tratase de un joven.

—Desde luego, caballero, sería un honor desposarme con vos—le dijo, haciéndolo bailar fuera del alcance de Livia—, pero sólo si me prometéis encontrar un marido para mi pobre e incasable hermana, Livia.

Livia chilló fingiendo indignación y arremetió contra su hermana, mas Rosalina la esquivó fácilmente, riendo. La persecución las llevó fuera del dormitorio de Livia y por las escaleras abajo hasta el vestíbulo.

—¿Tenéis un hermano bastardo patizambo, mi señor? ¿Un criado de labio leporino, tal vez? ¿Algún hombre que pueda sobrellevar la humillación de una esposa que no tenga un aspecto inmejorable vestida de negro...?

Rosalina se detuvo tan bruscamente que Livia estuvo a punto de chocar con ella. El mayordomo de su tía estaba en la puerta.

Rosalina nunca le había prestado mucha atención a Lúculo. Era un hombre grande y callado que parecía no vivir para otra cosa que no fuera obedecer las órdenes de su tía. Ni él ni los demás criados hacían por ella y por Livia más de lo que les correspondía, y cuando entraban en la casa, lo hacían sin avisar —para recordarles, pensaba Rosalina, que ese no era su hogar, que no eran más que huéspedes dependientes de la caridad de su tía—. Ella les proporcionaba poco más que un techo, dejando que pagaran el resto de los gastos con su exigua renta, aunque su servidumbre parecía resuelta a que ellas no olvidaran la irrisoria ayuda que se les prestaba. Si bien Lúculo rara vez hablaba, Rosalina siempre creyó ver desaprobación en sus ojos cuando los posaba en las pobres sobrinas de la duquesa, sobre todo después de que Romeo empezase a rondar su puerta. La duquesa era a la vez madre para la señora Capuleto y familia de los Capuleto por nacimiento, y nunca había temido manifestar su desprecio hacia todo hombre, mujer y niño de la casa de Montesco; Rosalina estaba segura de que su criado participaba de su orgullo desmesurado en la casa de Capuleto. Sin duda no tenía en mucho a estas dos jóvenes huérfanas de una rama inferior de la familia que andaban correteado alegre pero torpemente por su casa como campesinas.

Hizo una venia.

—Señoras.

Rosalina asintió con la cabeza mientras se alisaba las faldas.

—Buenas noches, Lúculo. ¿Qué os trae por aquí?

—Vuestro tío, el señor Capuleto, desea hablar con vos, doña Rosalina —anunció.

Rosalina arrugó el entrecejo. Livia y ella no eran tan importantes como para que su tío, patriarca del clan de los Capuleto, las tuviera en cuenta. Desde que sus padres murieron y perdieron su fortuna, podía contar con los dedos de la mano las veces que habían cenado en la gran mansión de los Capuleto sin otros miembros de la familia más distinguidos.

—¿Qué se le ofrece a mi tío?

Lúculo se encogió de hombros.

—No me compete a mí saberlo. Él mismo os lo dirá cuando le veáis esta noche.

En esos días, las calles de Verona no eran precisamente seguras para una mujer que anduviera sola. Echó un vistazo por la ventana: el sol ya no era más que una fina rodaja ocultándose tras la muralla occidental. Sería noche cerrada antes de que llegase a casa de su tío, incluso si partía ahora.

—Mejor mañana por la mañana —dijo con toda la corrección que pudo.

Lúculo negó con la cabeza.

—Vuestro tío ha dicho que os quiere ver inmediatamente. Vuestra tía abuela, la duquesa, ya está en la mansión. Ella me ha enviado para que os dé escolta, y ella os traerá a casa de vuelta cuando haya acompañado a su hija.

Rosalina frunció el ceño, irritada. Una cosa era que sus parientes ilustres como la duquesa y el señor Capuleto la ignorasen, y otra

muy distinta mandarla de aquí para allá como un paje cuando al fin se les antojaba verla. Reprimió el impulso de dar un zapatazo y negarse a ir. Aunque por lo menos podía eludir la compañía de Lúculo.

—No es necesario, señor. Iré sola.

—¿Estáis segura, señora? —preguntó él.

Rosalina sintió sobre ella la mirada preocupada de Livia. Tal vez ir sola no fuera la decisión más prudente de su vida, pero los soldados del príncipe estaban patrullando las calles para evitar cualquier disturbio y, desde luego, el trayecto era lo bastante corto para que tuviera poco que temer. Además, de esa forma podría hacer un alto en el cementerio y elevar una plegaria en la cripta de Julieta sin los ojos de Lúculo encima.

—Sí. Os agradezco las molestias que os habéis tomado.

El hombre asintió con la cabeza, hizo una leve inclinación y se marchó. Rosalina cerró la puerta tras él. Livia y ella se miraron. La confusión había agrandado los enormes ojos azules de Livia.

—Rosalina, ¿qué demonios puede querer el tío de ti?

—No tengo la menor idea —respondió esta.



Benvolio caminaba con la mano sobre la espada.

Sabía que debería estar en casa. Desde la muerte de sus dos mejores amigos, Mercucio y Romeo, su llorosa madre apenas le había perdido de vista, como si el fantasma del malnacido de Teobaldo pudiera surgir de entre las sombras en cualquier momento y ensartarle.

Deseaba quedarse para consolarla. Lo deseaba sinceramente. Antes tal vez lo habría hecho. De los tres amigos, él siempre había sido

el que tenía la cabeza más fría, el más sensato. Al menos, comparado con esos dos exaltados.

Lo que, sin duda, explicaba que él aún estuviera vivo mientras ellos descansaban en sus tumbas.

Benvolio apretó la mandíbula al pensarlo. Sintió que la ira empezaba otra vez a bramar en su interior. ¿De qué había servido evitar los duelos y los amoríos insensatos de sus compañeros si habían muerto y le habían dejado solo?

Y por eso esa noche había huido de los opresivos muros de su casa en busca del aire fresco de la noche en las calles de Verona. La ciudad todavía vibraba de crispación, tensa como una cuerda de arco, y ciertamente a un joven Montesco no le favorecía que le vieran exhibiéndose por las calles, pero eso a Benvolio le tenía sin cuidado. Él, Romeo y Mercucio habían pasado muchas horas de esa forma, deambulando hombro con hombro por Verona, fanfarroneando, riñendo y buscando pelea. Benvolio casi podía imaginar que estaban allí, a su lado. Mercucio estaría a su izquierda y les contaría una historia que sería fantasiosa y obscena por igual. Qué muchacho alegre y violento había sido Mercucio, alto y desgarbado, con una mata de pelo pajizo y una sonrisa de oreja a oreja.

«Mi aspecto nunca ha ofendido precisamente a las damas de Verona, Benvolio. Ni a las de Venecia. Ni de Padua».

Esa clase de ocurrencias irreverentes las acompañaría Mercucio con un batir de pestañas y una sonrisa maliciosa. Benvolio podía imaginar a su primo Romeo meneando la cabeza. «Tú nunca has estado en Padua». Romeo siempre había sido el único con cierta esperanza de mantener a raya la gran espiral ascendente de bravuconadas de Mercucio. Habría ido a la cabeza del grupo, decidiendo si

dirigir sus vagabundeos hacia arriba, hasta las colinas, o hacia abajo, hasta las murallas de la ciudad. Al frente de ellos, del mismo modo que un día encabezaría la familia de Benvolio.

Romeo no había sacado mucho parecido Montesco. Su cabello ondulado castaño claro y su rostro atractivo y soñador lo habían caracterizado más como hijo de su madre que como hijo de su padre. Quienes los conocían a menudo presumían de que Benvolio, y no Romeo, era el hijo mayor y heredero del viejo Montesco: con su oscuro cabello erizado y una sonrisa sinuosa, se parecía más a su tío que Romeo.

«He estado en Padua —proclamó su evocación de Mercucio mientras hacía el pino ociosamente—. Porque una ciudad es su gente y la costurera doña Margarita Nadacerca es de Padua, y desde luego he estado con ella».

«En ese caso —replicó el espectro de Romeo con dulzura—, la señora Nadacerca ha estado en todas las ciudades de Italia».

Mercucio dio una voltereta hacia atrás y cayó de pie. «No voy a quedarme aquí para que me insulten. ¡Mi caballo! ¡A Padua de inmediato!».

Romeo rio y le echó un brazo alrededor de los hombros. «Iremos todos», prometió.

—No —murmuró Benvolio, rompiendo el silencio espectral de sus bufonadas—. No iremos.

Y en un abrir y cerrar de ojos, sus amigos —fantasmas, evocaciones, como se quiera— habían desaparecido, y Benvolio continuó la marcha solo a través de la creciente oscuridad de las calles de Verona, con la mano tensa sobre la espada, sin saber si quería evitar o provocar una pelea.

La elección le vino impuesta cuando el grito de una mujer rasgó el aire de la noche. Benvolio echó a correr hacia la voz, los pies resbalando sobre el adoquinado con la precipitación. De nuevo le llegó el grito y, al descubrir que el clamor procedía del cementerio —hogar reciente de tantos jóvenes nobles de Verona—, se le encogió el corazón. Por cómo sonaba, alguien trataba de proporcionarle otro nuevo inquilino.

El aliento le ardía en los pulmones mientras corría cuesta arriba hacia la verja del camposanto. Había cinco jóvenes allí reunidos, a varios de los cuales reconoció. Apretó los dientes. Orlino, Mario y Truchio eran jóvenes primos Montesco que habían idolatrado a Romeo. Aunque no le sorprendió demasiado verles iniciar una disputa, pensó que habría sido más respetuoso no hacerlo a la sombra de las recientes estatuas de Romeo y su esposa Julieta.

Se aproximó y, como era de esperar, el acero centelleó a la luz de las antorchas. Sus jóvenes parientes se enfrentaban a otros dos mancebos, con las espadas en alto. Maldijo para sus adentros: la pareja llevaba en el cinto el escudo de los Capuleto.

—¡Apestosa bastarda Capuleto!

Al principio Benvolio creyó que el vil insulto de Orlino iba dirigido a la estatua de Julieta, pero su mirada de desprecio apuntaba al suelo. Advirtió entonces que había una mujer tendida en la tierra entre los espadachines; el negro de su vestido de luto la había confundido entre las sombras.

Uno de los otros jóvenes enarboló su espada.

—¡Una palabra más, Montesco, y te la haré tragar! —le gritó a Orlino, con la amenaza algo mermada por la manera en que se le quebró la voz.

Orlino bajó su espada hacia la mujer que estaba en el suelo.

—Se la haré tragar yo a *ella*.

El joven Capuleto saltó hacia delante con un aullido furioso y Orlino fue a su encuentro sin vacilar. Los hierros se cruzaron por encima del cuerpo estremecido de la mujer y Benvolio dio un paso al frente. Aquello era más que suficiente.

—¡Basta! —rugió—. ¿Se puede saber qué significa esto?

El grupo de jóvenes espadachines se quedó paralizado al darse cuenta de que había un recién llegado.

—¡Benvolio! —exclamó Truchio—. Estos rufianes Capuleto nos han tachado de embusteros. Vamos a darles un escarmiento.

—Como si pudierais —gritó un Capuleto con voz destemplada a causa de la ira—. De sobra sabemos que sois unos embusteros y unos rufianes. ¿Quién sino un Montesco mal nacido mancharía el recuerdo de nuestra prima?

Benvolio siguió su mirada hasta la estatua de Julieta, por cinco días esposa de Romeo. Aspiró una profunda bocanada de aire. Los Capuleto tenían motivo para estar furiosos: alguien había garabateado la palabra «ramera» con pintura negra en su bello rostro.

Se oyó un grito detrás de él. Mientras estaba vuelto de espaldas, uno de los jóvenes Capuleto había atacado. Al punto, el aire resonó con la música discordante del chischás de espada contra espada, cuando todos los demás jóvenes se sumaron a la contienda. El joven Truchio, el menor de los vástagos Montesco, falló en la acometida de uno de los Capuleto, que le hizo una finta por debajo del brazo y le hirió; una mancha de sangre afloró en su jubón. Orlino saltó en su auxilio al instante, haciendo que la joven postrada profriese un alarido ajado al pasar por encima de ella pisándola.

—¡He dicho que *basta!*

La ira le corrió con tal fuerza por la sangre cuando gritó la orden que casi se alegró de que los contendientes le ignoraran. En un instante su propia espada estaba desenvainada y en alto. Al fin encontraba un cauce para la rabia desolada e insondable que le había tenido rondando toda la noche por las calles de Verona. Le daban igual tanto los Capuleto como los Montesco. Todos esos necios estaban pidiendo a gritos que les dieran una lección, y él era el hombre que se la iba a dar.

Empezó a repartir a diestro y siniestro, descargando golpes a jóvenes Montesco y Capuleto por igual con el plano de su espada. La sangre le hervía en las venas y notó que en su rostro se desplegaba una sonrisa feroz. Se sintió él mismo por primera vez desde que habían muerto sus amigos. Mercucio había sido el bufón y Romeo, el cabecilla, pero el verdadero espadachín era Benvolio. Independientemente de lo que había sucedido, aún manejaba la espada con maestría.

A pesar de su habilidad y de la juventud de los otros, cinco contra uno era todo un desafío. Tendría que desarmarlos rápidamente. Se volvió contra sus parientes primero. Estampó la empuñadura sobre la mano armada de Truchio, haciéndole soltar la espada ropera. Antes de que esta tocara el suelo, Benvolio había mandado el acero de Mario a reunirse con ella con un rápido movimiento de muñeca. Orfino, al ver la furia de su primo mayor, bajó su espada y la volvió a envainar; al menos, uno de sus parientes tenía sentido común.

Cuando los dos jóvenes Capuleto vieron a sus enemigos desarmados, y sin importarles por quién, avanzaron con actitud triunfante. Sin embargo, Benvolio estaba lejos de haber terminado. Dio media vuelta para hacerles frente.

SIGUE LEYENDO

LA MALA ESTRELLA

Melinda Taub



ISBN: 978-84-16858-94-1 | PVP: 16,00 € | A la venta: 27-5-2019

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com